

UNAS PALABRAS PRELIMINARES

Me has de permitir, buen lector, que empiece estas palabras preliminares al libro de la doctora Leonor Zozaya Montes recurriendo al genio de las letras, al manco sano. Y la verdad es que no tienes otro remedio, porque si no me lo permites, ¿qué hacemos?

El concepto que tiene Cervantes de los escribanos no se puede decir que sea halagador. Es más: incluso es moneda común que Cervantes sentía animadversión contra su mundo, contra todos los dados de fes públicas, además de los dichos, los notarios, los secretarios de ayuntamiento o de juzgado, modernizando los oficios, para entendernos.

En muchas ocasiones Cervantes arremete contra ellos. Así, por ejemplo, en 1605, decía don Quijote a Sancho refiriéndose a un diario en el que registra Cardenio sus asuntos:

Tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des a trasladar a ningún escribano, que hacen letra procesada,[47] que no la entenderá Satanás (*Quijote*, I, xxv).

Igualmente, en 1615, ridiculizando las prácticas notariales:

—Así es verdad —respondió don Quijote—: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que

aquí me has visto hacer; conviene a saber: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió; volvíle a esperar, volvió a no salir y volviósse acostar (*Quijote*, II, 17).

Dominio de las técnicas escriturarias que, me encanta desde luego, ante la agonía de Alonso Quijano, una vez muerto don Quijote porque ha recobrado el juicio («—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno»):

Entró el escribano con los demás, y, después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

—Ítem, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y, si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece (*Quijote*, II, 74).

En fin, cuando en *Quijote* I, XXVIII está comparando las dificultades entre las armas y las letras, siempre se muestra más próximo a las armas, aunque afirme que:

Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, váguídos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a éstas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas.

Abierta boca así, vayamos al texto que nos ofrece Zozaya Montes. Para empezar podría decir que era obra historiográficamente por tres veces necesaria. Necesaria porque había que poner un poco de orden en el marasmo del funcionamiento de las escribanías municipales e incluso llegar a describirlas con claridad. Necesaria porque era bueno que alguien mostrara metodológicamente cómo había que acercarse a esta investigación y necesaria, finalmente, porque había que definir cuestiones sistemáticamente y no a salto de vuelapluma.

Para seguir, una vez que hemos empezado, has de tener claro que el libro habla sólo de escribanos de concejo, no de los otros, aluvión de fedatarios para los que hasta había manuales de buenos usos, como el de Barrio de Pérez Angulo y su *Dirección de Secretarios de señores*, Madrid, 1613.

A Leonor Zozaya le ha gustado ir poniendo puntos sobre las íes de los lugares comunes que existían hasta ahora. Así ha ido desgranando cada problema, ofreciéndonos su estado de la cuestión y sus propuestas de investigación. Para ello, ha manejado apabullante bibliografía, las actas del Ayuntamiento de Madrid (que las transcribimos casi en su totalidad para el reinado de Felipe II en el CSIC) y otros archivos, de suerte y manera que no se puede decir que sus afirmaciones sean producto de su intuición.

Los orígenes de este libro están en el intento frustrado que tuve de consolidar un equipo de investigación en el CSIC. Cronos hace y deshace las cosas, como Fortuna las pone o las quita.

Así que, fruto del trabajo en equipo, en 2005 publicamos en Buenos Aires un larguísimo estudio sobre el mundo de las escribanías madrileñas. Ni que decir tiene que Zozaya colaboró con fuerza en aquel texto.

Hasta 1557 en Madrid sólo había una escribanía municipal. En ese año se acrecentó en otra y se intentó vender, pero una parte del ayuntamiento y el escribano titular anduvieron de protestas y pleitos hasta 1566, en que se ocupó. Por tanto, salvo algún que otro paréntesis, desde entonces en adelante asistían a las sesiones municipales dos escribanos, que más o menos deberían levantar acta simultáneamente. El procedimiento no se puso en marcha instantáneamente y, por el contrario, a finales del siglo XVII lo que registraba uno y otro era tan igual que bien podría ser que trabajara de verdad uno y el otro copiara (o sus amanuenses).

En el estudio de Leonor Zozaya se ve cómo el escribano municipal, al igual que los secretarios de los Consejos (y no creo que nadie hoy en día actúe así), era el gran poder informal, en tanto en cuanto filtraba la información que había que tramitar «de parte». Él prepa-

raba los expedientes; él inducía —por lo tanto— las respuestas. Además, como era el que guardaba los papeles y era el más estable, o el más viejo en el oficio, o el que había estado en todas las comisiones, al final era el que canalizaba todo, porque también sería el que resolvería todo.

Por tratarse de oficios tradicionales (en una plaza) o venales (en la otra), resulta que la transmisión patrimonial del oficio era la norma. En ocasiones por la destreza adquirida «en casa»; por otro lado, por los derechos habidos por la compra. Era lógico que así fuera. Eran tiempos de patrimonialización del poder y no se podía entender (casi) de ninguna otra manera: se heredaba el pecado; se heredaban las virtudes familiares... Por cierto: es genial cómo «le levantan» la escribanía al hijo de Francisco Testa.

Por otro lado, el esfuerzo dedicado a la creación, funcionamiento y organización del primer archivo municipal es muy destacable. Tanto cuanto la frustración que siente el historiador al ver cómo andaban los papeles. Sin duda, como intuíamos, el archivo de escribanos se puso en orden cuando la presión demográfica por el traslado de la Corte de 1561 provocó tal desorden administrativo que se empezaron a perder tierras, derechos o rentas.

A veces la complejidad de los fenómenos que aclara es de tal porte, que parece sembrada de confusión: en realidad hay que leerla despacio, captar el diálogo entre estado de la cuestión y autora y volver sobre esos pasos para darse cuenta de que el lector ha formado juicio.

En otras ocasiones, debería haber soslayado el uso de adjetivos (o las alocuciones que en mis tiempos se llamaban así y que ahora ya no lo sé), porque el «de Madrid» es siempre más claro, institucional y contundente que el «madrileño» (o en vez de reino castellano, Corona de Castilla).

El cierre de esta brillante investigación con un cuidado apartado documental, así como la abundante y mesurada bibliografía hacen de esta obra un estudio de vanguardia en el mundo de la generación, cuidado y uso de los papeles en la Edad Moderna. Se necesitan más

investigaciones sobre estos fenómenos sociales, porque a fin de cuentas el poder escrito ha pasado por las manos de quien ha manejado la pluma.

Se acabó, buen lector: gracias por permitirme decir lo que he dicho.

Alfredo ALVAR-EZQUERRA
Profesor de investigación del CSIC
Académico correspondiente
de la Real Academia de la Historia

1

INTRODUCCIÓN

Junta letra, aparta parte, y escribirás con arte;
usa la mano, y serás escribano.¹

Entre una escribanía y un archivo transitaban cuantiosos papeles en manos del escribano del ayuntamiento. Escribanía y archivo son dos referentes interesantes para imaginar el recorrido que seguían las escrituras, desde su creación —cuando se redactaban— hasta que se archivaban, e igualmente a la inversa, cuando se consultaba documentación archivada, aunque en numerosas ocasiones ya nunca volvía al archivo. En tales trayectos, era frecuente que el material escrito transitase por diversos espacios, acarreado por el escribano, que además acostumbraba a expedir o a copiar otros documentos. Todo ese rico trajín documental se acompañaba de una nutrida información oral y visual.

La presente investigación histórica, además de analizar esas trayectorias documentales, estudia al escribano del concejo desde varios puntos de vista. La mayoría tienen que ver con la producción manuscrita, su relación con la información —principalmente escrita— y los

¹ Refrán popular recogido por G. Correas: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), L. Combet (ed.), R. James y M. Mir-Andreu (revisores), Madrid, Castalia, 2000, p. 408.

contextos donde se desenvolvía. El escribano interesa en este estudio en tanto en cuanto redactaba, otorgaba fe, manejaba y custodiaba documentación en calidad de escribano del concejo. Pese a que ninguna de esas acciones fuera realizada en exclusiva por él en la institución capitular, sí participaba constantemente en ellas.

El edificio del ayuntamiento, donde se vinculaba la escribanía del concejo, era uno de los principales espacios donde el escribano desempeñaba su trabajo. Por ello, esta investigación tiene siempre presente a la institución municipal, para entender las funciones del escribano en sus justos términos y no desdibujar ni exagerar los trabajos que allí ejercía. Sin embargo, en la Edad Moderna existían muchos más espacios de creación documental donde el escribano del cabildo desenvolvía su labor. Esas labores han sido igualmente objeto de atención: también hacía de fedatario o desempeñaba otros trabajos en la calle o en el monte, tanto en áreas ciudadanas como rurales, al servicio del gobierno municipal. Los lugares que recorría se encontraban, en su mayor parte, en la villa y tierra de Madrid, aunque también salía de ella para atender a determinadas gestiones.

Esta investigación, aunque abarca el amplio espacio temporal de la Edad Moderna, se centra en estudiar sistemáticamente la época de las llegadas y partidas oficiales de la corte regia a la villa de Madrid, atendiendo a los cuatro años previos y posteriores. Madrid comenzó a ser sede estable de la corte desde el año 1561 hasta 1601 —cuando partió a Valladolid— y, de nuevo, desde 1606 en adelante, con el regreso cortesano definitivo. Entonces, villa y corte tuvieron que aprender a convivir. Esta investigación analiza a fondo los años comprendidos entre 1557 y 1610, para apreciar los comportamientos dados en la escribanía capitular de una villa cualquiera —como era Madrid en origen— y los cambios que acaecían cuando empezaba a albergar al séquito regio, cuando este partía o regresaba. Su presencia y su ausencia influyeron tanto en la transmisión de las escribanías como en la contratación de escribanos ayudantes, entre otras cuestiones. Además, en el año 1557 se acrecentó una segunda escribanía capitular, que añade otra razón para usarlo como punto de partida.

La presente investigación se estructura en siete capítulos. Tras esta introducción, el capítulo segundo ofrece una breve panorámica

bibliográfica que retrata diferentes monografías existentes de la geografía hispana sobre notarios y escribanos. Tanto esa bibliografía como otra de enfoque histórico han sido utilizadas cuando ha sido posible para comparar el caso madrileño con otros, dados por lo común en el reino castellano, y así entender lo sucedido en sus justos términos.

El tercer capítulo asienta conceptos sobre el oficio de escribano en general, sobre el escribano del concejo en particular, y también sobre dicha institución, centrándose en el caso de Madrid. En dicha villa, al igual que en numerosos lugares de España, el rey acrecentó una escribanía del ayuntamiento en el año 1557, creando así un segundo oficio, que no se ocupó hasta varios años después. Esa duplicidad tuvo sus particularidades, que también se dieron con la multiplicación de los libros de actas del cabildo, cuya redacción era una labor fundamental del escribano del ayuntamiento o de los oficiales que le sustituyeran en esas u otras tareas. Este estudio tiene siempre en cuenta a tenientes, escribanos colaboradores y amanuenses. Entre ellos, destacaron los escribanos del número, quienes asistían de forma habitual en los trabajos del concejo.

El cuarto capítulo estudia las funciones del escribano del concejo madrileño en relación con ciertos deberes inherentes a su oficio. Estaba obligado a escribir con buena letra, firmar, escriturar documentación y manejarla constantemente por la villa, así como custodiarla o archivarla. Además, en otros casos, como los relativos a pregones y notificaciones, tenía que difundir la información oralmente fuera del consistorio, cuando la institución le mandaba notificar o pregonar. En ese sentido, el escribano era un sujeto activo en relación con el municipio y su territorio, originando y moviendo a su paso documentación e información escrita y verbal que vinculaba al concejo con la sociedad, mediando así entre ambos entes. Las labores de contador que desempeñó también conllevaban tareas escriturarias; en principio participaba sólo colaborando, hasta que después consiguió la titularidad del oficio. También se analiza la tutela y control documental desempeñados por el escribano, su relación con el archivo, ya fuese el suyo (personal o de su oficina) o el municipal (de la villa), pues las fuentes son poco nítidas al respecto. Además, siempre que es posible se muestran las circunstancias que rodeaban a todo aquel trajín do-

cumental dado en torno al escribano, a las circunstancias y trayectorias documentales, por así denominarlas.

El capítulo quinto analiza la transmisión de las dos escribanías del concejo mediante una aproximación prosopográfica al oficio. Atiende a las vías de llegada de los escribanos, donde cobraban gran peso las relaciones familiares y las redes relacionales y clientelares. De ese modo, salen a colación las peculiaridades de ambos oficios, ofreciendo elementos de comparación. El enfoque microhistórico desde el que se observa la evolución testimonia hechos acaso un tanto sorprendentes, por ejemplo, que diversos escribanos del concejo ejercieron sin ser escribanos del número. Al estudiar en profundidad el uso del oficio, se acredita el importante papel desempeñado por tenientes y colaboradores temporales, quienes sí eran normalmente escribanos del número a la par. De hecho, formaban parte de los linajes de ese tipo de escribanos. Su asistencia en el concejo les servía en ocasiones de plataforma para adentrarse en la escribanía del cabildo y acceder a una plaza de titular, e incluso, de regidor.

El capítulo sexto estudia las leyes bajo las cuales se regía la sucesión de escrituras, que detallaban cómo se debía proceder con las escrituras de los escribanos que cesaban en el oficio. Analiza los casos prácticos que se daban en Madrid y los contextos donde tenían lugar. Esa normativa también resulta fundamental para entender la política de reunión de documentos que el cabildo adoptó en determinado momento. El ayuntamiento fue creando archivos para guardar documentos de sus escribanos en el consistorio, acción que culminó con el intento de recuperación y reorganización de las escrituras de todos los escribanos del concejo, coevos y finados. Tenía el objeto de reunirlos en un arca que se situaría en la sala consistorial, bajo el control de los dos escribanos capitulares, de forma que las escrituras se vincularían de forma permanente a las escribanías del cabildo.

Tras las conclusiones, la investigación se cierra con un apéndice documental, más unos cuadros esquemáticos y diagramas ilustrativos sobre las sucesiones en el oficio, que incluyen las relaciones de parentela entre titulares y tenientes. También constan representaciones gráficas sobre los escribanos que acudieron a las aperturas del archivo del concejo, así como sobre la transmisión de las escrituras de los archivos que el ayuntamiento creó para custodiar la documentación de sus escribanías capitulares en aquella sede.

Para realizar este estudio he seguido un principio básico, consistente en respetar en la medida de lo posible las expresiones coevas, con el fin de preservar los matices de cada palabra y hablar en sus justos términos, simplificando por supuesto las frecuentes expresiones enrevesadas. En esa línea, he transcrito los textos coetáneos con un criterio paleográfico basado en respetarlos al máximo pero desarrollando las abreviaturas y actualizando la puntuación, la acentuación, la separación de palabras así como el uso de mayúsculas y minúsculas. Además, actualizo la transcripción de algunas letras, asimilándolas a los valores fonológicos actuales vocálicos o consonánticos, como la *u* y la *uve*, la *i* y la *jota*. Cuando una palabra abreviada consta desarrollada en otro lugar de la fuente, imito los caracteres que estilaba el amanuense. También respeto las contracciones que han caído en desuso que elidían una vocal (escribiendo *ques* o *desta* en vez de *que es* o *de esta*), excepto cuando la omisión del artículo afecta a la mayúscula de un nombre propio, que respeto (si dice *del Escorial* transcribo *de El Escorial*). También respeto las grafías de los numerales, pero convierto el calderón numérico (con forma transliterada de U) en *eme* mayúscula (M), pues tiene valor de mil. Utilizo los paréntesis para señalar cualquier elemento que hiciera el amanuense intencionadamente en el texto, generalmente cargado de valor diplomático (cruz, firma, rúbrica...). Asimismo, los uso para indicar la foliación. Las palabras interlineadas constan entre dos líneas oblicuas convergentes hacia abajo \ /. Los corchetes añaden cualquier comentario o aclaración (en cursiva) que no existe en el texto original pero que se refiere a él, por ejemplo, ante las enmiendas [*roto, mancha...*] o cuando se incluye el adverbio *sic* para indicar que la grafía consta textualmente. También se usan para indicar que el escribano se equivocó [*tachadura*] o cualesquier anotaciones marginales [*al margen*]. Corchetes con puntos suspensivos indican la supresión de un fragmento [...].² Los corchetes también se han usado para incluir una palabra o letra aclaratoria del sentido del texto.

² Criterio basado en una combinación de las normas propuestas en la Comisión Internacional de Diplomática que constan en la obra *Folia Cesaraugustana*. 1, Zaragoza, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (en adelante CSIC), 1984, con las pautas dadas en la I Reunión Iberoamericana sobre Archivos celebrada en Washington en 1961 recogidas por V. Cortés Alonso: *La escritura y lo escrito. Paleografía y diplomática de España y América en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, pp. 97-99.

Antes de dar paso a la obra, deseo agradecer a varias personas su inestimable ayuda, que de una forma u otra han repercutido en la elaboración de este trabajo. En primer lugar, agradezco el apoyo incondicional de mi familia, principalmente a quienes más han sufrido la realización de este libro: mi madre, mi padre y mi gemela. También quiero mencionar a mi primo Manuel, quien siempre me socorre raudo ante mis problemas informáticos; en este sentido, Daniel Chornet también me ayudó con mis prisas de última hora. Además, este trabajo hubiese sido imposible de realizar sin los ánimos que me ha regalado mi legión de amigos, dense todos por aludidos al leer esta frase. Desde el punto de vista científico, me han resultado muy útiles las transcripciones —inéditas aún— de los libros de acuerdos del concejo de Madrid de 1561 a 1598 que realizamos cuando formábamos parte del Equipo de investigación 4707 vinculado al Instituto de Historia del CSIC. Aprovecho para agradecer encarecidamente a su director, Alfredo Alvar, quien tan amablemente fue el tutor de todas las becas que allí disfruté. También tengo mucho que agradecer a sus componentes; entre los de siempre, desempeñaron una labor fundamental Elena García Guerra, Juan Carlos Zofío y Teresa Prieto Palomo, pero fueron importantes todos los colegas que participaron en aquel proyecto de modo más o menos fugaz. Igualmente, deseo agradecer a quienes con su compañía me amenizaron tantos ratos de investigación en el CSIC. Vienen a mi mente con su sonrisa Pablo Pereda, Trini López, Beatriz Valverde, Manuel Herrero, Paco Villacorta, José Manuel Prieto, José Luis Gonzalo y Paco Fernández Izquierdo. También recordaré siempre a Bernard Vincent, quien tan generosamente me acogió en l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales aquel año cuando viví en París, donde tanto leí de escribanos. Ahora, que trabajo en la Universidad Complutense, agradezco también a todos los buenos compañeros, profesores y alumnos que tanto me animan en mi andadura docente e investigadora. Son muchos, pero quiero citar al menos a Cristina Segura Graíño, así como a mis colegas de la Orquesta de la Facultad de Geografía e Historia de la UCM.

Además, y sobre todas las cosas, agradezco sincera y encarecidamente a quienes me han dedicado su preciado tiempo revisando este libro cuando aún era un borrador, que citaré por orden de entrega. Paloma Cuenca Muñoz, Juan Carlos Galende Díaz y María Zozaya

Montes me brindaron interesantes sugerencias y matizaciones tanto estilísticas como en infinidad de sentidos. Antonio Castillo me regaló numerosas propuestas muy acertadas de cambios formales y estructurales. Laura Sampedro, con su gran conocimiento sobre el tema notarial, me ayudó a fijar conceptos sobre el oficio, debatiendo con paciencia mis numerosas consultas. La labor de todos ellos ha sido fundamental. Sus correcciones han mejorado notablemente la presente investigación, gracias a sus sabias sugerencias. Los errores o carencias son sólo culpa mía. Por último, agradezco al lector su atención y espero que este estudio le resulte de interés.